

tro en un medio societal al que consiento en aportar una contribución equitativa —*fair share*— para el buen funcionamiento de las instituciones. Hay aquí una respuesta muy fuerte a la paradoja de la promesa; a saber, que el principio de fidelidad en virtud del cual hay que cumplir las promesas, no deriva de la promesa misma. Para ello hay que tomar en cuenta la dimensión pública de la promesa, la cual supone a su vez un espacio público (un espacio público de aparición —Hannah Arendt); lo cual hace que la promesa sea una realidad no solamente dual sino triangular. A saber: “debo cumplir mi promesa”; “tú puedes exigir de mí”; “hay que cumplir las promesas para acrecentar la confianza de todos en el esquema de cooperación de su comunidad”. En este triángulo de la promesa queda asegurada la ipseidad, no sólo por su relación con el polo del alocutorio *tú* sino también por el polo de la equidad, que marca el lugar del tercero; este tercero es quizá por excelencia la tercera persona, el verdadero *é/ella*.

Los actores del drama del individualismo están ahora ubicados; el individualismo como ideología nace de la pretensión de engendrar la dimensión cosmopolítica y hasta el espacio público a partir de la mera ipseidad ética, con el concurso de su complemento mutualista pero sin la dimensión societal originaria. El debate de este punto exige el relevo por una antropología y una sociología de las ideologías.

Françoise Dolto

LA APARICIÓN DEL YO GRAMATICAL EN EL NIÑO

Lo que voy a decir sobre el *yo** no los llevará a grandes alturas filosóficas pero seguramente los ayudará a reflexionar sobre lo que fue niño en ustedes, antes de que se convirtieran en ese ser “de palabras” del que ha hablado Ricœur. Ahora bien, desde el origen, el niño es palabra, pero se ignora como tal. Como *yo* [*moi*], hoy. Como pueden ver, no tengo ningún papel. Pero *yo* [*moi*], del que *yo* es testigo, prometió a François Wahl hablar sobre el modo en que un ser humano llega a expresarse frente a los otros, diciendo *yo*; me atrevería a decir: jugando el juego del “ser entre los otros”, entrando en el código relacional; pienso que le es imposible evitar vivir este juego, pues la soledad es intolerable para el ser humano, que es un ser *social*.

La particularidad de mi testimonio —justamente *yo* que no tengo formación filosófica— es ser testimonio de la psicoanalista que con el tiempo y la experiencia de los años llegué a ser, creo. En cualquier caso, gracias a los niños me convertí en psicoanalista del ser humano, del ser humano en el

* “Yo” es traducción de *je* y de *moi*; en este último caso, se agrega entre corchetes el término francés. Véase la N. de T. de página 77. [T.]

estado *infans*, es decir, de niños muy pequeños que, de no haber trabado relación con un psicoanalista, habrían muerto para toda relación. Sí, hay niños que mueren para la relación, tras pasar por múltiples tribulaciones somáticas: disfunciones, desórdenes en la organización fisiológica que es base del continuo vital. Ahora bien, son precisamente estos trastornos los que abren el interrogante: ¿quién habla?¹ ¿de qué? ¿a quién? ¿a propósito de qué? Los psicoanalistas nos hallamos constantemente volcados a este trabajo con los seres humanos, con los niños.

El *yo* gramatical (es decir: “yo quiero, yo no quiero”) aparece en ciertos niños, como ustedes saben, alrededor de los tres años, mientras que puede no presentarse (o no haberse presentado todavía) en otros niños de la misma edad que sin embargo son *auténticamente* sujetos desde el momento de su concepción. Y les pido que crean lo que les digo, pues el psicoanálisis es una cura —cuando lo es— que permite al ser humano *remontar* el curso de su deseo lo más atrás que puede hacerlo, es decir, tan lejos como necesita atestiguarlo a otro.

Pues bien, los niños de siete meses, cinco meses, tres semanas, que he tenido que psicoanalizar para procurar abrir, a través del amor de quienes los rodean, la posibilidad de que acepten seguir vivos y de que continúen jugando el juego del sujeto que “obra con” un cuerpo, estos niños nos muestran que poseen, que nosotros mismos poseemos una inteligencia extraordinaria del lenguaje, lo cual me sorprende siempre aunque lo sepa. Y otros que no son yo misma lo atestiguan. El extraordinario *milagro* del lenguaje consiste en que un niño, un bebé, comprende el lenguaje que se le dirige *cuando*

1. En el sentido de expresarse.

nos dirigimos a lo auténtico de su vida, de su ser que ha tomado cuerpo, para alegría o decepción de aquellos gracias a los cuales pudo tomar cuerpo, es decir, sus genitores.

¿Cómo comprende un bebé el lenguaje? Al comienzo de su vida, el bebé comprende incluso otra lengua distinta de la de su etnia; pero desde los tres meses, tres meses y medio, ya no comprende más que el lenguaje de la persona elegida, aquella gracias a la cual sobrevive fisiológicamente. Diré que además le hace falta la *música* de su lenguaje; que le hace falta percibir el *acento* para comprender este lenguaje hablado.

Para que descansen un poco de lo que acabo de decir, un tanto quizá abstracto —es decir— para quienes no tienen este conocimiento de los seres humanos en estado *infans*, voy a hablarles de una experiencia que me presentaron, supuestamente para complacerme. Esa experiencia, que llaman de psicología experimental, fue realizada en Besançon por el profesor Montagnier. Un día me dijo, en un congreso: “¡Oh, señora Dolto, se va a poner contenta!... Hemos *probado* que lo que usted decía hace treinta años es cierto. —¿De veras? —¡Claro que sí! ¡Hemos probado que un niño reconoce el olor de su madre!” ¡Por supuesto! Ahora sabemos que los lactantes reconocen a su madre por el olor y que inversamente las madres reconocen a su bebé por su olor. ¡Pues bien! Asistí a la proyección de la película y vi esas pruebas. Y me amargué mucho, porque me dije: ¿pero qué es lo que hacen con estos niños al querer probar —y lo probaron— que reconocían el olor de su madre? ¿Qué hicieron? No lo sé; nadie lo sabrá nunca. Pero pensándolo detenidamente me dije que esta experiencia ejercía un efecto muy importante en aquel *que* habla, detrás de aquel que dice *yo* [*je*]. Pues se trataba de niños que hablaban, que decían *yo*; niños que concurrían a un jardín de infantes corriente, de cuatro y cinco años. (No se aceptaban niños con retrasos).

Así pues, esta película permite observar los grupos que se forman en una clase. Un niño en particular aparece como *líder*: él toma las iniciativas; todos los demás están dispuestos a jugar con él; todos pretenden hacer a su vez lo que él acaba de inventar; todos lo consideran muy ingenioso. Ahora bien, no era sólo en esta película —que dura unos pocos minutos—, sino desde hacía meses, en la escuela, donde este niño pasaba por ser el líder de su clase. Entra entonces en la película, sin que los niños puedan verla, una muchacha que trae una prenda impregnada del olor de la madre de un niño; no se sabe de cuál, se lo descubrirá después. La muchacha coloca esa prenda que los niños, muy atareados, no han visto, encima de un pequeño armario. Entonces ocurre algo extraordinario: el niño líder, hasta ese momento muy ocupado con los demás, se retrae, abandona el lugar, recorre la habitación costearo las paredes y luego regresa al sitio del que había partido y se pone en cuclillas, chupándose el pulgar, en posición fetal. Bueno. Al parecer nadie le presta atención. Los otros niños siguen jugando el juego que él mismo había iniciado. Después, alguien se acerca al pequeño armario y retira la prenda que llevaba el olor de la madre. Pasa un rato y entonces el niño, como una mosca a la que le han tirado flit —pero no tanto como para matarla—, se despierta, abre los ojos, se dis- tiende y entra bruscamente en el juego. Y todo el mundo se pone a seguirlo de nuevo. ¿Qué es lo que se hizo? No lo sé.

En esta misma película se ve a otro niño que es —perdó- nenme el lenguaje— un corderito, y que dice *yo*.

Habla incluso con frecuencia, parece, según dicen las jó- venes que trabajan en el jardín; y dice: “¡El me hizo esto, él me hizo aquello!” Pero también dice *yo*. En la película vemos que este niño mira a los otros: cuando ve a alguno hacer algo, ríe, está conforme; después se apresta a hacerlo a su vez. No tiene absolutamente ninguna iniciativa: cuando tiene algo en

la mano se esmera en conservarlo, pero cuando otro se lo quiere quitar, finalmente deja que se lo quite y se identifica con el que se lo llevó, tímidamente decepcionado. Es el niño pasivo del grupo. En los tests resultó tan inteligente como el líder. En cualquier caso no es en absoluto un niño retrasado, ni en el plano motor ni en ningún otro. Sólo que tiene menos iniciativas que los demás.

Se repite con este niño la misma experiencia que con el líder: traen a la habitación el olor de su madre. Y entonces, cosa sorprendente, su mirada, antes receptiva, se vuelve pe- netrante. Mira, mira ... le quita algo a otro niño, se levanta, se pone a cantar, a cantar. Da saltitos sobre sus pies, se pone a correr, se dirige a otro niño, derriba a un tercero. Entonces se retira la prenda que llevaba el olor de la madre. El niño se calma y vuelve a sentarse en su sitio, con la lengua un tanto col- gante; mira, esperando que un *él* le ofrezca algo que lo haga reaccionar un poquito: ¡para mirar, para alegrarse siguiendo el movimiento de otro, que vendrá en suma a provocarlo!

Era apasionante observar este fenómeno pues ahí estaban esos niños que dicen *yo* y que dejan de ser los mismos cuando el complemento del arranque de su vida —la madre— entra de manera fantasmática, por el olor, en la habitación en la que hasta ese momento se vivían como seres sociales, bien integrados y bien vistos por los demás; pues el segundo, el pasivo, no era en absoluto un chivo emisario; estaba integra- do en el grupo, pero como seguidor.

Pues bien, entiendo que esto nos hace reflexionar a todos sobre lo que es un ser humano que ha llegado a decir *yo*, sin perjuicio de seguir siendo tan frágil en su ipseidad, como diría Ricœur: todavía no se refleja en la identidad que le dan los otros, pero está *en el ser*, es un ser que *no se sabe mutilado de una parte de sí*. Y sin embargo, el que se conduce con los demás como líder, lo hace porque está identificado con su ma-

dre, ya que cuando el olor de ésta entra en la habitación él vuelve a ser el feto, el objeto de esa madre. Así pues, el *grupo* es para él su madre cuando el olor de ésta no está presente. El otro, que es pasivo en el grupo, que está conforme con todo, cuya mirada se alegra cuando ve a otro niño contento, no es en absoluto un niño desadaptado. Lo que en éste se produce cuando el olor de la madre se presenta es una explosión de ser y de alegría. Como si en la institución de la escuela le faltara ya a este pequeño el derecho de co-nacer constantemente; mientras que, en esa habitación, el olor de su madre le permite *conocerse*; y a partir de ahí, querer tomar contacto con los demás. Aparte, era curioso observar que otro niño se divertía al verlo a él entrar en el juego. Había entre ellos una especie de vida; ¡parecían pájaros cruzándose!

¡Esta película es hermosísima! Sin embargo me sublevó, a mí (después pensé en todo lo que me enseñó), porque me dije: ¿y qué nos aportaría a nosotros, adultos, el olor, la voz, la *presencia* del primer ser amado de nuestra vida? Aquel gracias al cual descubrimos la vida sexual, en el sentido del deseo: hacer obra, obra hablante, obra de carne. Ahora bien, ésta es un poco la situación en la que se encontraron esos niños: se introdujo en esa aula el fantasma del ser que, complementándolos, les había permitido alcanzar el lenguaje e integrarse en lo social, y de una manera considerada como adecuada por el entorno pedagógico, en la simple discriminación: *líder* o *seguidor*. A todo esto, sabemos muy bien que los seguidores son indispensables en una sociedad, pues si ésta sólo estuviese formada por líderes ¡sería como un ejército en el que sólo hubiera generales! La cosa no marcharía. En la vida también hacen falta seguidores. ¿Por qué? Porque también existe, *quizás* —digo quizás porque no estoy segura—, en nosotros ese engrama del origen humano. Al origen en un ser humano Ricœur lo llama "rostro". Después el rostro

tiene una voz, y entonces la voz basta. Después ese rostro escribe; y es un nombre; entonces con el nombre bastará. Pero al comienzo sólo podemos vivir si somos conocidos y reconocidos por un rostro que nos tiene "simpatía", en todo caso la suficiente como para seguir aportándonos lo que el cordón umbilical nos aportaba. Es entonces un ser de palabra —la nodriza, la madre, el padre— quien permitirá a este ser humano sobrevivir poco a poco, *conocerse* por el otro. Este es el punto al que la observación —la película que les conté— puede conducirnos, para comprender quién es ese ser humano que dice *yo*. Y que es un *yo* tan frágil en su comportamiento social —es decir, en su identidad vista por los otros— cuando se hace presente para él (por el olor como en este caso, pero también por el rostro, la persona, el cuerpo) aquel o aquella que le permitió llegar a ser, llegar a co-ser el sujeto de su cuerpo, con los otros, y ser *en* el lenguaje gestual y hablado. ¿Qué testigo es ése que no se sabe testigo, ese testigo en el ser intercambiado con los demás?

El psicoanálisis nos permitió abordar un poco esta cuestión. Yo la estudié particularmente en un libro que apareció con el título de *La imagen inconsciente del cuerpo* (Barcelona, Paidós, 1986). Imagen completamente distinta del esquema corporal y de la imagen consciente. Pues esta imagen inconsciente del cuerpo que todos hemos tenido y alrededor de la cual gira la experiencia presentada por esta película, esa imagen del cuerpo desaparece *totalmente*; y ello desde el momento en que el individuo queda completamente articulado al conocimiento que tiene de ser varón o mujer, es decir alrededor de los tres años, en el momento en que, para el psicoanálisis, entra en lo que se llama complejo de Edipo: por identificación con la persona que le parece representar el estilo de funcionamiento que él desea para el futuro. Estilo de funcionamiento que es el de la madre o del padre, o el de una

persona congruente con los dos; esa persona se encuentra en el lenguaje, por cuanto en nuestra etnia las mujeres hablan con las mismas formas gramaticales que los hombres (salvo en la tercera persona: *él* o *ella*). Ahora bien, justamente, hace un momento, al pensar en el empleo de *él*, me dije: no se puede circular sin decir: “¿Qué más inventaron *ellos*? ¡*Ellos* están haciendo una carretera, ahí!” en este caso no hay elección posible entre *él* y *ella*: siempre es *ellos*. *Ellos* son generalmente perseguidores; y a veces, *ellos* forman parte de lo que en psicoanálisis llamamos lo *real*, es decir esa sorpresa que nos deja boquiabiertos: “¡Oh, ellos hicieron eso!” Y *eso* va a entrar en el discurso de todo el mundo. Y unos estarán a favor (“¡*eso* está muy bien!”), y los otros en contra; luego entrará en el debate de ideas o en la lucha política —que va más allá de las ideas— para impedir que lo que *ellos* hicieron continúe, o lo que *ellos* no hicieron se realice.

Pues bien, este *ellos*, los niños, pequeños, no lo emplean. Cuando sufren una contrariedad, señalan a alguien y se expresan así: “¡Uno me hizo eso!” Uno, también puede ser *Uno* pues —ustedes lo saben— los niños confunden entre *él* y *ella*, justamente porque no utilizan estos pronombres. *Uno*, para ellos, quiere decir: el otro; aquel que me agredió en mi continuidad agradable.

Y cuando hablan de sí mismos, de lo que quieren, pues bien, empiezan por hablar en infinitivo: “hacer eso”; “pasar”.

Los niños *comprenden* todos los verbos. Pero exactamente, ¿qué comprenden? Comprenden al sujeto que se dirige al sujeto que está en ellos. Pero *retienen* electivamente ciertos verbos: aquellos que son, para ellos, el sostén de la zona erógena por la cual han sentido la alteridad del otro, cuando éste se marchaba: es decir en el momento en que, estando el cuerpo apaciguado de la espera de comunicación con el ser elegi-

do, el sujeto no lo está. Estando el cuerpo apaciguado, el sujeto no lo está nunca; el sujeto está siempre en demanda de *relación*. Ahora bien, gracias a la ruptura de relación en los límites tegumentarios del cuerpo, de ese cuerpo que va a ser el suyo —mientras que al principio el niño no se sabe sino relación con el otro— se crea la zona llamada erógena: en los límites en que el placer del contacto desaparece. Lo que el trabajo del psicoanálisis puso en evidencia con el descubrimiento de la zona erógena, es que ésta es un lugar-límite en el que se cumple el duelo de la congruencia entre el cuerpo del niño y el de la madre que se ocupa de él. Es la madre la que le hace hacer ese duelo de un contacto que él espera ahí, en esa zona erógena, para el próximo encuentro. Y gracias a los tocamientos de la madre sobre todo su cuerpo, el niño adquiere zonas electivas, erógenas, que corresponden a los diferentes sentidos que son los nuestros.

Se insiste mucho en la importancia del ojo. Por otra parte, ustedes lo han señalado aquí, cuando se habla de imagen todo el mundo entiende “imagen especular”. Mientras que la función de la imagen auditiva es enorme. Yo acabo de hablarles de la imagen táctil. Y como han visto en la experiencia desarrollada en la película, la imagen olfativa es la primera y la más intensa. *I-ma-ge* [imagen] es una palabra francesa milagrosa, porque quiere decir: *ici* [aquí], *ma* (enseguida les diré qué es este *ma*) y *ge*, que en francés se pronuncia *je* como el pronombre. El pequeño se piensa *ye*. Lo cual es curioso, porque los niños tienen capacidad para pronunciar el fonema *j*.* Y cuando se les dice *je*, ellos comprenden; pero pronuncian *ye*. Por el contrario, si se les dice *ye*, no comprenden; si se les

* El sonido del fonema francés *j* tiene similitud con el que se da a y (+vocal) en ciertas regiones del área hispanohablante, en particular el Río de la Plata. En cambio, el *ye* francés suena *ie*. [T.]

dice *Yan* no comprenderán que se trata de *Jean*. Entre los niños y adultos hay un equívoco constante, porque los adultos imitan la manera en que los niños repiten las palabras que ellos mismos les dicen: cuando un niño dice *dada*, es que lo oyó. Lo importante es no decirle nunca *dada* sino siempre *cheval* [caballo]. Porque si se le habla de *dada*, siendo que él dice *cheval*, no comprende de qué se habla cuando oye *dada*. De la misma manera, hay error sobre el sujeto cuando se oye a un niño que dice *yo* como en la película. ¿Quién es este *yo*, si en cuanto aparece el olor de la madre aquel que hasta ese momento estaba sostenido por el *yo* gramatical cambia completamente de identidad? Retomando la idea del señor Ricœur sobre la promesa, este *yo* que ha prometido algo —me refiero al líder, ese chiquillo tan divertido del jardín de infantes, el que después de dar esa vuelta por el espacio regresó a su punto de partida para adoptar la postura fetal chupándose el pulgar —¿puede cumplir la promesa del que había dicho *yo*? “*Yo* voy a jugar contigo, enseguida”, por ejemplo. Ahora bien, la promesa de este “enseguida” se refugió en un rincón, donde él está de lo más feliz, probablemente, pero de otra manera: con una conciencia, buena para él, muy distinta de la buena conciencia de cumplir su promesa.

Les dije hace un momento que les iba a hablar del *ma* de *image*. Cuando un niño empieza a salir del infinitivo y les pide algo agradable para tenerlo o para ponérselo, tiene ganas de eso. Las ganas no son el deseo: el cuerpo es el que tiene ganas; al deseo le es menester un sujeto. Cuando tiene ganas, dice: *ma, ma, ma...* Ahora bien, es curioso, porque este niño puede pronunciar la palabra francesa *boîte* [caja], *boit* [bebe]. Dirá *aboi* [por *à boire*] y no *aba*, cuando tiene sed. Pronuncia *abra* [por *en bras*, en brazos], cuando quiere que lo tengan en brazos. Sin embargo, cuando habla de sí mismo, dice *ma* (en francés). ¿Qué es entonces este *ma*, que no es *moi*? El niño

sólo podrá decir *moi* después de haber dicho *toi* [tú]. Dice *toi* antes que *moi*. Si se le dice, por ejemplo: “¡No, no, es de tu hermano!”, entonces sí que dice: “*Pas toi, moi*”. [Tú no, yo]. Y va a llegar progresivamente el *moi*, por contaminación del *toi* sobre el *ma*, que finalmente dice *moi*. Esto es lo que observamos del sujeto en sus inicios en el lenguaje. Estoy segura de que los jóvenes psicoanalistas van a trabajar en estas cuestiones; y con grabadores, no para que las máquinas nos digan la verdad sino para que nuestra memoria, la de cada uno, pueda corroborar la experiencia de otro mostrando esta evolución de cada uno de nosotros en el lenguaje.

Después el niño va a hablar, representándose por medio de los fonemas de su nombre de pila, fonemas a veces chapurreados. Y por desgracia muchos padres copian fonemas chapurreados y los convierten en el sobrenombre del niño. Puedo decirlo en lo que me atañe. Mi nombre es Françoise. Ahora bien, parece que cuando era muy, muy pequeña, hablaba de mí misma diciendo: “Vava”. Lo que quizá venía de: “¡Va, va!”, significante del *allant-devenant...** Es posible ... [Risas]. En todo caso, *Vava* fue mi sobrenombre.

Ahora bien, cuando el niño, *Vava* o *Toto*, dice algo relativo a su deseo, o más bien a lo que nosotros creemos que es su deseo y que no es más que unas ganas —cosa que percibimos claramente pues entonces el que está implicado es el *yo* [*moi*] solo, el cuerpo, no el sujeto—, cuando dice, por ejemplo: “*Toto* quiere eso”, no es que esté hablando de sí en tercera persona. Nosotros lo escribimos como si hablara en tercera

* Juego de palabras apoyado en los verbos *aller*, “ir” y *devenir*, “llegar a ser, convertirse en”. Por otra parte, *allant* es un adjetivo cuyo sentido es “dispuesto, activo, animoso”. Si se tiene en cuenta lo que precede, la expresión *allant-devenant* puede ser vertida en castellano como: “el que va (animosamente) haciéndose”. [T.].

persona: "Toto hace eso", "Vava quiere eso". Sin embargo, no es verdad. Pues al hablar de sí mismo, el niño habla como lo haría su madre dirigiéndose a él (o como el adulto elegido con el cual se identifica). En realidad, dice: "Toto, *tú* quieres* eso". Habría que escribirlo así: "Toto *quieres*". Es la segunda persona, nunca la tercera. Por eso el *él* llega tardíamente al habla de los niños: no antes de que haya uso de un nombre de pila, de un apellido; en síntesis, del significante de una persona, que está presente en el acto del que ellos hablan. Se puede decir que en este momento el niño se dirige a otro, a *tú*, en tercera persona: *yo [moi]* dice a *ti [toi]* que papá hizo eso (o mamá). Hace falta una triangulación para que el sujeto hable de sí mismo en un *yo [je]* que refiere a un *él*. De lo contrario remite a una situación dual donde la persona en cuyo nombre él habla de sí mismo es una persona bicéfala: si es la genitora, contiene para él la certeza de un genitor, la certeza de una genitora. ¿Cómo y por qué? ¡No sé! Pero si les interesa, puedo darles ejemplos.

Antes de eso quisiera hablarles justamente de ese esquema corporal que permite a los humanos sentirse de la misma especie, semejantes los unos a los otros, pero que interviene muy poco en el sujeto gramatical y en el sujeto del deseo. Lo comprobamos en los niños que han sufrido una mutilación precoz. Los niños que sobreviven a una mutilación precoz o a una invalidez hemipléjica pueden construir una imagen de su cuerpo perfectamente sana con un interlocutor que acepte que su deseo se exprese en su lenguaje. Es muy difícil lograrlo, pero es posible; especialmente con un niño inmovilizado, de tres años o dos años y medio, y cuya madre sabe que quedará inválido toda su vida. Hasta ahora no se lo intentaba con

* *Veut* (quiere) y *veux* (quiero) se pronuncian de igual modo en francés. [T.].

niños más pequeños porque no se sabía hablarle a un bebé; pero creo que llegará a ser posible con inválidos muy precoces. En todo caso, lo repito, se hace este trabajo sobre la imagen del cuerpo con un niño de dos años y medio, edad en la que ya está en la palabra y en la cual él querría expresar a su madre sus deseos o sus ganas. Un niño paralítico dice, por ejemplo: "Vamos a llevar". La madre acoge esta esperanza, este deseo de su hijo, que quizá son sólo ganas. Ella sabe que es imposible que él camine, funcionalmente, porque es inválido. Sin embargo, en vez de permitirle que prosiga su deseo en el lenguaje y en vez de reír junto con él por los proyectos que ambos tienen, su propia angustia y su propio dolor la hacen interrumpir la continuación del proyecto de sujeto del niño; pues este proyecto es el de un sujeto en un cuerpo semejante al de la especie, semejante al que él tuvo al comienzo de su vida y que por una invalidación debida a una enfermedad o a una mutilación, no puede sostener su futuro de *yo [moi]* deambulante, en la sociedad. Pero el sujeto puede advenir perfectamente a la sociedad. Y vemos en ciertos niños inválidos una alegría exuberante en comunicarse con los otros, porque se identifican con aquellos que poseen la vida, la motricidad. El niño inválido se identifica con los otros cuando el ser elegido por él (que puede ser la enfermera, el interlocutor del momento, a tal o cual hora o uno cada día), o cuando la madre, por supuesto —que es la mejor de las posibilidades ya que ella es testigo de su origen en la carnalización—, acepta su decir. Y cuando además se le dice: "¡Sí, claro! Vamos a dibujarlo" [*On va le dessiner*];* siendo aquí *on* el tercer tér-

* *On*, pronombre indefinido de tercera persona, carece de equivalente en castellano; requiere, por tanto, traducciones diversas según el contexto. En la frase *on va le dessiner*, la traducción obligada es: "vamos a dibujarlo".

mino de una triangulación. Este *on*, por momentos muy enriquecedor, también tiene a menudo un efecto tergiversador para el niño. Pero en este caso el *on* puede ser interesante para él: "Sí, *tú* vas a dibujarlo pero *on* (es decir su madre, o la enfermera) está dispuesta a agregar algo a ese dibujo ..." "Te has olvidado del pasto, *on* va a agregarlo". *Ella* (la madre, por ejemplo) dibuja el pasto y el niño prosigue. Y todo lo que él no puede ver, por ejemplo si quedó ciego, puede de este modo hablarlo; si se trata de un niño que quedó inválido, podrá imaginarse motor, representándose como tal. Este niño puede entrar en una imagen del cuerpo perfectamente sana sin que su esquema corporal deje de ser un esquema corporal mutilado o inválido. Esto les ilustra la diferencia entre la imagen del cuerpo y el esquema corporal: en un niño inválido el esquema corporal, es decir, aquello que es en el espacio el representante de un ejemplar de la especie, no está en conformidad con el del 99% de los seres de su especie. Pero debido a milagro del lenguaje, la imagen del cuerpo hace, por decirlo así, del cuerpo en su integridad el accesorio de la comunicación de sujeto a sujeto. Por mediación de esta imagen del cuerpo el niño tiene acceso al *placer* de una comunicación creadora de vida, de deseo, tanto y más que los otros. Esta comunicación que da frutos en ideas, en inventividad, es la que hace sujeto al ser humano.

Esto cuyo testimonio estoy dando creo que quizá no era necesario ser psicoanalista para observarlo. Y sin embargo no se lo observaba *on ne l'observait pas*:* "se", es decir el médico. Por costumbre no lo observaba porque estaba dema-

Sin embargo, para comprender lo que se dice a continuación es necesario tener presente su condición de pronombre de *tercera* persona. [T.].

* En este caso, "se" es la traducción adecuada para *on*. [T.].

siado marcado por sus estudios y por la necesidad de asistir a un individuo en su cuerpo para que este cuerpo siguiera funcionando bien. En cambio, la formación psicoanalítica es la de alguien que está articulado, focalizado sobre el *deseo* de un sujeto, para lo que falta. ¿Quién falta a quién? Puede ser a *él-yo*, a *él-cuerpo*, a *él-sujeto*. Y ésta es la discriminación que opera la escucha psicoanalítica con un niño. El psicoanalista escucha y está de acuerdo, a priori, con lo que el niño dice; aunque haya para este niño una imposibilidad material, física de cumplir la promesa hecha con palabras. El analista sabe que el sujeto cumplirá su promesa; y es verdad: la cumple, si aquel que lo escucha no espera que esa promesa se realice a través de un comportamiento corporal. Su promesa es una relación viva entre sujetos vivos, proferida en un instante de la existencia de un cuerpo de la especie humana —casi podemos decirlo así—, pero este cuerpo está de acuerdo en hablar y en emplear palabras que todo el mundo *oye* y *entiende*. Así pues, para un psicoanalista es muy interesante trabajar, como he tenido ocasión de hacerlo, con niños neuróticos ciegos, y con niños sordos neuróticos, aparentemente psicóticos, es decir desprovistos de todo código salvo con su madre.

En estos niños, en efecto, el deseo no puede ser mediado por los mismos sentidos que los de los demás. El sujeto del deseo está siempre ahí, pero codificado de otra manera, me atrevería a decir. Pienso por ejemplo en el caso de ese niño ciego que planteaba problemas tan graves en la institución para ciegos donde se hallaba, que lo enviaron en consulta a Trousseau. Pues este niño de once años se había convertido en un "chico horroroso", insoportable; su caso parecía sin solución. Sus padres eran de escasos recursos y él tenía que vivir en la misma institución; no había posibilidad de enviarlo a otra provincia: cuando se hizo el intento de cambiarlo de lugar geográfico, este mayor alejamiento de sus padres empeo-

ró su problema. Era un niño que se hallaba en pleno Edipo. Me hablaba con vehemencia y agresividad de un maestro que le hacía la corte a su maestra. Yo le dije: "¿Pero cómo lo sabes? —¡Pues lo veo perfectamente!" Y no paraba de decir *ver*: "¡Lo veo perfectamente! ¡Cuando él llega, no hace más que mirarla! Estamos en el recreo; ¿usted cree que ella se ocupa de nosotros? Nada de eso, ella está ocupada con él, y lo peor es ¡que él le impide mirarnos! ¡En ese momento podríamos hacer cualquier barrabasada, podríamos matarnos, que ella no nos prestaría la menor atención!" En este estado de reivindicación se hallaba. Al cabo de dos o tres sesiones tuve que decirle: "Oye, lo que me estás diciendo es muy curioso. Todo el tiempo me hablas de *ver*; ¡pero tú sabes, como yo, que no ves! Incluso es por eso que estás en esta institución para niños ciegos". Entonces me dijo: "¡Claro, claro! Pero todo el mundo lo dice. ¡Entonces, está bien! —Pero *tú*, ¿cómo sabes que el maestro llega, que mira a la maestra y le hace la corte? —Bueno, por la bolsa de la verdulería, que está al lado. Y yo oigo que ella escupe el carozo, y él también escupe un carozo siempre hacia el lado donde estamos jugando; pero ella no lo lanza para el mismo lado que él". Así es como él "veía" que el maestro le hacía la corte a la maestra. En ese momento le dije: "Haz un modelado de la cereza". Acto seguido hizo un modelado y después un dibujo. Y la cereza nos llevó al fruto, a la teta, al "pito", y esto en cuatro o cinco sesiones. Debido a que yo había *oído* y *entendido* todo eso (ese asunto de las cerezas, ese empleo de "*ver*") este niño que aun siendo ciego podía hacer modelados, pudo asociar después —y solamente a través del lenguaje— con su identidad sexual, con su identidad de no vidente de padres videntes, y finalmente, sobre todo con la correspondencia entre su descubrimiento de lo que era ser ciego y el hecho de que su hermanita no tenía "pito".

Toda la historia de su ipseidad en un cuerpo, con el cual "había que obrar", y que debía pasar por el Edipo, se vivió ahí, en un niño ciego; ¿y quién se servía de qué significativo? De la palabra *ver*. Si no hubiera prestado atención a la importancia de esas palabras que un niño dice sólo porque las ha escuchado, creo que no se habría podido sacar a luz esta historia dramática que lo hubiera conducido al hospital psiquiátrico; porque si continuaba no había otra solución. Como es lógico, había hecho regresiones, peligrosas para los demás, peligrosas a causa de ese "*tú* que me estorba la vida". Por lo tanto te derribo, te hago daño para que no estés más. Fue también la regresión a la mordedura, única manera de mostrar que se daba perfecta cuenta de las excesivas familiaridades *orales* que el maestro y la maestra se permitían, y que ésta era tocada por ese señor que le ofrecía cerezas cuyos carozos ella escupía.

Con todo esto he querido mostrarles de qué modo se trabaja en psicoanálisis; y de qué modo la identidad de un sujeto en la sociedad está obligada a pasar por su historia, en el tiempo y el espacio, centrada en las experiencias sensoriales del cuerpo. El sujeto, que no sabe quién es, se comunica con el otro mediante expresiones sensoriales, a veces incluso por referencia a aquellas que él no tiene pero de las que oye hablar a otro. Entonces es preciso que sienta que hay consenso con los otros, para poder servirse de él. Y cuando uno siente este acuerdo, recupera una consensorialidad con su madre, como cuando era pequeño. Ahora bien, la madre en consensorialidad con el padre constituyen una triangulación de seguridad. Esta triangulación es lo que el sujeto, con su cuerpo y a través del espacio, persigue continuamente en sus relaciones con otros sujetos que tienen cada uno su cuerpo, su historia inscrita en este cuerpo, y de la que el sujeto, testigo de este cuerpo, ha conservado memoria.

Quisiera terminar diciéndoles que me parece que el sujeto, que se ignora y se ignorará siempre, el sujeto, testigo del sujeto gramatical que él asume, se encuentra quizá, en el amnésico despierto que él es, en el estado más puro. El sujeto auténtico, en cambio, se halla en reposo, en las pulsiones de muerte que sirven a la vida, en el sueño profundo, sin representaciones visuales ni auditivas ni olfativas, en la ausencia de sueño.

Vuelvo a aquellos dos niños de los que hablábamos al comienzo: el niño-líder que se soñaba con su madre, con su padre en la vida fetal porque había tenido la percepción del olor de su madre; y el otro, pasivo, que *se* soñaba gran señor del mundo en una motricidad gozosa apenas entraba en la habitación el olor de su madre; para uno y otro el olor de la madre representaba a los dos seres que los habían, si podemos expresarnos así, inaugurado para el mundo, y que por medio de su lenguaje los habían iniciado también en la relación con *tú*: *tú-tu madre* y, por otra parte, tu madre que no es tu madre sino porque un padre la hizo madre.

Algunos dirán que el niño nació de un espermatozoide de no se sabe quién. ¡No es verdad! Pues el sujeto elige ese cuerpo para nacer y sabe bien por qué lo elige; nosotros, que habitamos la pesadez, el espesor, el peso, el tiempo y el espacio de la carne, no lo sabremos nunca, pero aquel que ha tomado cuerpo sabe por qué tomó cuerpo de *su* deseo, el de él también, en el sentido técnico del término deseo. Pues lo que llamamos deseo es el resto que nos queda en la memoria para que se hable de él. Y por eso les di el ejemplo del amnésico, del ausente total: el amnésico está sumido en la nada del ser y sin embargo es junto con los otros; porque el amnésico circula y habla; no conoce su pasado pero *es*, cada nuevo día; sin embargo experimenta un dolor terrible, un sentimiento de locura absolutamente intolerable, porque no recuerda su nom-

bre y debe aceptar que lo llamen Fulano, si lo reconocen, mientras que este nombre ya no es para él significante de todo lo que significó; ya no es un nombre vivo.

Dejo con este interrogante. Creo, en efecto, que el sujeto no es en absoluto el sujeto gramatical; el sujeto del ser que todos somos es testigo, al mismo tiempo que se ignora.

Y les agradezco que me hayan escuchado porque creo que hablé, en mi nombre, de un sujeto Vava convertido en Françoise, convertido en Dolto por el matrimonio, convertido en madre, convertido en psicoanalista gracias a los adultos y a los niños que me pidieron lo fuese para ellos. Pero no sé quién soy ... ¡y soy feliz de estar entre ustedes porque, de ese modo, no estuve sola!

Texto establecido por Jean-François de Sauverzac según la comunicación oral de Françoise Dolto.